

Costeado por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES 2.

Se reparte gratis

Los submarinos

INGLATERRA QUIERE QUE SE SU-
PRIMA ESTA ARMA EFICAZ DE
LOS PUEBLOS QUE NO PUE-
DEN PERMITIRSE EL LU-
JO DE LOS GRANDES
ACORAZADOS ;;

El presidente del Lloyd, la gran Prensa Inglesa, los centros diplomáticos de la Gran Bretaña vibran acunadamente con clamor unánime, exteriorizando una envidiable armonía. Todos están de acuerdo. Conviene, al parecer, decretar la supresión del submarino. Las naciones deberían ponerse de acuerdo para abolir esa arma molestísima, de cuya posesión no siente Inglaterra verdadera necesidad.

Parece desprenderse de esta noticia que se invoca el derecho del débil para emprender la campaña contra el submarino. No nos sorprende. El mundo tiene ya alguna experiencia de lo que significan en boca de las naciones poderosas las palabras de protección a los débiles. La lógica en el caso presente exigiría que estas últimas sollicitasen la supresión de los grandes acorazados. La razón sería la misma: el egoísmo y la conveniencia.

No es de esperar—claro está—que Inglaterra estime oportuno plantear la cuestión seriamente. No le faltarán ganas; pero ha de constarle que las pequeñas naciones, o si se quiere, las naciones menos fuertes, ofrecen sus esperanzas en esas unidades navales, mucho menos costosas que las grandes y utilísimas para la defensa.

Por lo que a España se refiere, y por si algún día se habla también seriamente de estos temas, no cabe duda que los submarinos y en general las pequeñas unidades, han de constituir la base de nuestra defensa naval. No ya ha-

blar de supresión del submarino sino de perfeccionamiento y planes de construcción. España necesita que su extensa costa esté guardada y ya no está a tiempo de verse en la magnífica situación que le permitiría sentirse humanitaria y pedir la supresión de los submarinos. Y como no ha llegado a ese estado feliz, en lugar de pedir que se supriman será mejor que nos pongamos a construirlos en gran escala.

¿Se debe leer de todo?

Halándome cierto día en una casa de campo, traté conversación con su dueño acerca de un libro malo que alcanzaba por entonces cierta celebridad.

—¿Le ha leído usted? preguntóme.

—Yo no, porque no puedo, según el juicio de personas autorizadas.

—¡Ah!, usted ha hecho mal amigo mío; es preciso leerlo todo.

Iba a poner la debida réplica cuando, providencialmente sin duda, entró conducido por la cocinera, un cesto de magníficos hongos. Mi amigo, que era aficionado a ellos, los observó y dijo, y luego me dijo con aire poco satisfecho:

—¿Qué le parece a usted?

—¿A mí me lo pregunta usted? dije—; más razonable es pedir el parecer a la cocinera, que es juez competente en la materia.

Requerida ésta, declaró que los hongos eran venenosos; por lo que mi amigo dispuso fuesen inutilizados.

—Excuse usted querido—le dije—: primero debiera usted probarlos.

—Pero ¿si fuesen nocivos?

—No, no; es preciso hacer experiencia de todo. ¿No me lo acaba de decir ahora mismo?

—¡Loco! ¿Quisiera usted que yo

me pusiera en peligro de envenenarme?

—¿Y usted pretende que me exponga a ser víctima de la ponzoña de aquel libro?

Al oír estas palabras comprendió mi amigo la morriña, y estrechóme la mano con efusión.

Ea, pues, dejemos a la cocinera juzgar acerca de los hongos, y a la Iglesia juzgar acerca de los libros. Muchos se han envenenado moralmente por el insensato pluripto de querer juzgar por sí mismos los libros y periódicos reprobados.

S a e t a z o s

De la cárcel de Ormáiztegui se fugaron hace días dos presos violentando la puerta de su calabozo.

Pero cuando se vieron en la calle se arrepintieron de la fuga, volviendo a la prisión y rogando al jefe de ella que les metiera en un calabozo más seguro.

Es un caso extraordinario.

Los que vieran el día de su fuga a esos dos sujetos en la calle, ocrearán que ya no se hallan en la cárcel.

Pero ¡vaya si se hallan!

Como que no quieren salir.

Ha sido detenido en Sanlúcar de Barrameda un casero por presentarse a cobrar el recibo a un inquilino navaja en mano.

Es natural que lo hayan detenido. Porque bueno que se presente a cobrar con una huacha; ¡pero con una navaja...!

Una práctica tan fea es justo que se respete solamente cuando sea el casero de Albaceta.

Un comerciante de Munich compró un billete de lotería y en un momento de buen humor, seguramente en colaboración con la cerveza, como buen bávaro, se comprometió por escrito ante sus

amigos a entregar el premio que le correspondiera, si le tocaba al Sindicato de Limpia Chimeneas de aquella población.

Como la suerte tiene también a veces sus ratos de buen humor, el comerciante bávaro le cayó el premio gordo. Entonces pensó en la tontería que había hecho, y temeroso de que se le hiciera cumplir el compromiso contraído, se levantó la tapa de la estopa. Digo de la estopa, y no de los sesos, porque tratándose de un hombre que hacía las bobadas por secciones continuas, la existencia de sesera es problemática.

Más cuenta le hubiera tenido, en todo caso, llegar a una transacción con los Limpia Chimeneas.

Pero pensaría que éstos no iban a ceder, y la suposición no era descabellada.

Porque unos sujetos que se dedican a limpiar chimeneas, es lo más probable que tengan muchos humos.

A.

¿NUESTRA ALMA ES INMORTAL?

ASI LO RECLAMA EL CORAZON

El corazón humano suspira de modo natural por la felicidad; y como la felicidad que puede llenarle, es imposible hallarla en este mundo, es necesario que le sea reservada en otro donde consiga la satisfacción plena y entera de todas sus facultades y el perfeccionamiento de todo su ser.

Si esta conclusión no fuese cierta, no habría nada cierto en el mundo. El corazón humano tiene la necesidad de amar, y de amar indefinidamente.

La muerte le arrebató a los objetos de su amor: padre, madre esposa hijo. Si no pudiera amarlo más que en este mundo—y en este no pudo—, quedaría insatisfecho un deseo natural. La obligada satisfacción de este natural deseo impuesto por Dios reclama imperiosamente otro lugar en el que pueda colmar esta natural necesidad.